

SERMON

predicado en el convento del Ángel
al real Acuerdo de Granada en la
Feria IV de la cuarta semana de
cuaresma.

*In iudicium ego veni in mundum, ut
qui non vident videant, et qui vident
cæci fiant. Joan. IX. 39.*

SEÑOR:

El evangelio del día nos presenta un ciego de nacimiento curado por Jesucristo; y el mundo increíble multitud de ciegos voluntarios é incurables. Jesucristo, en manifestacion de su divinidad, de su poder y de su gloria obraba un milagro pa-

ra dar vista á este famoso ciego; el mundo en crédito de su corrupcion obra un misterio de iniquidad para cegar sus partidarios. Jesucristo, dice san Juan, vino á iluminar á todo el mundo, pero el mundo no conoció á su Hacedor. Los hombres por un trastorno de juicio prefirieron las tinieblas á la luz, y se obstinaron en su ceguedad. Los fariseos, los doctores de la ley fueron los primeros en cerrar los ojos de propósito á esta divina luz. ¡Qué proceso tan doloso y tan prolixo para eludir el milagro del ciego! ¡qué mala fe, qué perfidia en la averiguacion de este sumario, que formaban ellos mismos! ¡qué preguntas tan capciosas y fraudulentas para obscurecer la verdad de un hecho que habia sido público! *Da gloria á Dios*, decian al ciego, *porque nosotros sabemos que este hombre es pecador.* Como si dixeran, dice un padre de la iglesia: niega que estabas ciego, porque un

Tomo II. E

hombre pecador ¿cómo puede hacer estos prodigios?

Así, señor, palpan tinieblas los príncipes de la ley en el mediodía de la luz, así defraudan á la verdad, y violan á la justicia, así hacen traición á las leyes de la razón, de la equidad y de la buena fe. Pero ¡ó qué terribles son, mi Dios, vuestros oráculos! Yo he venido, dice en esta ocasión vuestro Unigénito, yo he venido á juzgar al mundo, para que vean los ciegos, y cieguen los que veían. Sí, señor, los sabios según la carne, los fariseos arrogantes, los nobles presuntuosos, los prudentes del siglo, los poderosos soberbios, los doctores de la ley, fueron miserables víctimas de esta lamentable ceguera que profetizó Jesucristo á los fariseos. Pueblo grave, incircunciso, duro de cerviz, incrédulo, que desconoció el tiempo de su visitación y la venida de su Salvador. Ciegos voluntarios é incurables, por-

que no conocieron su mal.

¿Mas qué hago, señor? ¿Declamo contra la ceguera de los fariseos é incrédulos, ó me lamento de la nuestra? ¡Ah! ¡Quién diera agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar de día y de noche la ceguera de muchos cristianos, tanto mas deplorable, cuanto es mas claro el conocimiento que tienen de Jesucristo! Si este Hombre Dios no hubiera venido á iluminar nuestras tinieblas, seríamos mas excusables en su presencia. Mas ahora despues de la luz de su evangelio y claridad de su doctrina, ¿qué excusa alegaríamos para cohonestar nuestra ceguera? ¿ó con qué podremos cubrir nuestra ignominia? Linceos para lo terreno, y ciegos topes en órden al espíritu: ¿qué confusión para los mundanos! ¿qué ceguera tan lamentable! Pluguiese á Dios fuese un falso profeta, como lo deseaba en otro tiempo Miquéas. Pero estoy persuadido, que si en el mo-

mento que aqui hablo revelára Dios nuestras conciencias, como la hará en el día de la ira, veríamos no sin admiracion, y sirva de materia, increíble multitud de mundanos de profesion, como otros tantos ciegos incurables, destinados en su muerte á un sentido réprobo. Tal es, señor, el asunto que me propongo ilustrar para sostener la causa de Dios, y rebatir el espíritu del mundo que gira sobre la tierra: materia digna de esta cátedra, y de tan respetable auditorio. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la intercesion de María santísima. *Ave MARIA.*

In iudicium &c.

Quando hablo, señor, de aquellos ciegos voluntarios, animados del espíritu del mundo, á quienes llamo incurables, no comprehendo solamente á los judíos; esta generacion pérfida, pueblo carnal é incircunciso de corazon, que cerrando de propósito los ojos al Sol de Justicia Cristo, que los iluminaba, yacen hasta ahora en tinieblas, en las sombras de la muerte y en el juicio de condenacion. Ni entiendo solo á los hereges y cismáticos, que como vivoras ponzoñosas pretenden romper las entrañas de la iglesia, esta piadosa madre que les dió el sér, astrós errantes, llenos de confusion, empeñados en rasgar la túnica inconsútil de Jesucristo, y en atraer

á los verdaderos israelitas con engaños á los campos de Moab. Ni hablo finalmente de los incrédulos, libertinos, ateistas, deístas, políticos, espíritus llamados *fuertes*, y demas impíos por sistema, fatigados por batir en brecha la religion del Salvador; cuya imagen miran con más horror que los filisteos al arca del testamento. Para todos estos, señor, tiene Dios reservada en la eternidad la tempestad de las tinieblas, segun la expresion de S. Judas.

Hablo pues principalmente en mi discurso de los hijos de la iglesia, que sin apostatar de la fe, son desertores de la moral de Jesucristo. Hablo, para decirlo de una vez, de una increíble multitud de personas de uno y otro sexó, de todas condiciones y estados, que se dirigen por el espíritu y máximas del mundo; y á todos estos llamo ciegos voluntarios é incurables, porque por un justo juicio de Dios, en castigo del

desprecio de la luz é inspiraciones que les ha dado en tiempo, los dexará caer en ceguedad final. Temblad y estremeceos, poderosos del mundo, sábios presuntuosos, prudentes segun la carne, ambiciosos del siglo, ídolos de belleza, y demas mundanos de profesion, Dios está preparado á manifestar en vuestra muerte la vanidad de vuestra potencia, á reprobear vuestra sabiduría, y á revelar vuestra ignominia. Sí, señor, la muerte, este trance temible, que hace exclamar al apóstol con estremecimiento, y que llenó de tristeza al Unigénito de Dios hecho hombre, la muerte es el verdadero desenlace de esta engañosa farsa del mundo, y el momento destinado para vengar Dios su propia gloria. Reflexionemos.

Durante la vida con increíble paciencia ha permitido Dios que embriagados muchos poderosos con su propia opulencia, labren nuevos torres de Babel para perpetuar su nom-

bre; estatuas y colosos en competencia del de Rodas; soberbios palacios que eternicen su fama: les ha permitido que adornen jardines y casas de placer, que adquieran heredades y viñas, tal vez con iguales títulos que Jezabél la del inocente Nabot; que hagan ostentacion del fasto y de la vanidad, invirtiendo no rara vez en caballos magníficamente enjaezados, en carrozas, en vestidos brillantes con el oro y la púrpura, una gran parte de lo que les es concedido para alivio del pobre en su miseria; les ha permitido que deslumbrados con el esplendor de su sangre y engreidos de su nobleza, miren á los demas hombres como á viles insectos de la naturaleza, como si fueran ellos miembros de la república de Platon, ó habitantes de la luna, ó como si su primer padre no les hubiera dexado por herencia la muerte y el pecado: les ha permitido pasar sus dias en

ardides y simulaciones como á los Tiberios; en la extravagancia de manjares costosos como á los Calígulas; en la crueldad y la venganza como á los Neronos; en la sensualidad é incontinencia como á los Eliogábalos; en la impiedad como á los Julianos. Todo esto, dice Dios por su Profeta, habeis hecho, y he callado: mas yo me reiré, y haré burla de vosotros en vuestra muerte. Vuestra ilustre prosapia, degradada por vuestros desórdenes, os servirá en aquel momento de lo que á Cham ser hijo de Noé, á Esaú ser hijo de Jacob, á Absalón ser hijo de David. Vuestra soberbia os ha querido elevar hasta los cielos, yo os confundiré hasta los abismos, donde sereis atormentados á proporcion de vuestra potencia.

Durante la vida ha tolerado el Señor que muchos sabios segun la carne enemiga de Dios, disputando como Salomon desde el cedro hasta

el hisopo, henchidos únicamente de conocimientos estériles, cargados solo de telescopios para indagar el giro de los astros y curso de los planetas; de microscopios para abultar los mas viles insectos; armados solamente de paralogismos, á imitacion de Carneades, Cleantes, y Crisipo, hayan pasado sus dias, ó sin conocimiento del verdadero Dios, ó sin honrarle como debian, estimulados de sus mismas obras, y convencidos ya por las maravillas de la naturaleza, ya por la luz del evangelio, ya por el exemplo de los justos; les ha tolerado, que desvanecidos con la sublimidad de sus ideas, y ciegos veneradores de sí mismos, se haya cada uno figurado un Dios conforme á su capricho ó sus pasiones, ya un Dios sin providencia, que lo dexa todo al acaso y arbitrio de los hombres, sin prescribir leyes, castigos ni recompensas, á manera de Epicureos; ya un Dios ligado á una

necesidad superior y á las leyes inevitables del hado, á manera de Estóicos; llegando no rara vez á dudar de todo á manera de académicos rígidos; y creyéndose los mas ilustrados, á imitacion de los fariseos, cuando padecen la ceguedad mas lamentable, les ha tolerado erigirse en otras tantas deidades subalternas, acreedores en su juicio á la veneracion de los demas hombres, y que perdidos en el amor de sí mismos, sin conocer su original vileza, destituidos de la caridad que edifica, y contentos con la ciencia que infla, hayan degradado sus luces como Adán, cuando creyeron aumentarlas; esto es, hayan borrado por medio de su soberbia la ley natural impresa y sellada en su alma. ¿Qué fin; ó mi Dios! el de estos ciegos voluntarios? ¡Ah! Yo uso aqui de vuestras palabras. Vos perderéis la sabiduría de estos sabios en la hora de su muerte. Ésta confundirá su altivéz, manifes-

tará la vanidad de sus conocimientos, abatirá la presuncion de estos astrós errantes de la naturaleza, y deshará como un vapor estas nubes sin agua, haciéndoles espumar sus confusiones en el abismo.

Durante la vida ha sufrido el Señor la soberbia y prudencia carnal de algunos magistrados celosos por política, dulces por simulacion, aplicados á la sociedad por interés, y que se inxieren por ardidés en el manejo á que Dios no los llama, como á Moisés, Aaron y Samuél: ha sufrido que nuevos Tiberios se hagan rogar para admitir una exaltación que desean con ansia: que baxo una falsa moderacion no quieran admitir el despotismo, á que únicamente aspiran: ha sufrido que la república sea victima de su codicia, como lo fue España en otro tiempo de los cartaginenses y romanos; que el santuario sirva de presa á nuevos Antiocos y Eliodoros; ha sufrido en

los empleos hombres relaxados, que escandalicen al pueblo con desórdenes, apoyados de su autoridad; personas indolentes, que en nada menos piensan que en mover como Gedeón y Abimelech á los inferiores con su exemplo: ha sufrido que giman estos inferiores oprimidos y consumidos con la dureza del trato y los trabajos, como nuevos israelitas baxo el poder de Faraon. Mas esta dureza, esta falsa política, esta relaxacion, esta indolencia, esta prudencia carnal de los hijos del siglo, en que se aventajan á los de la luz, no pasará del sepulcro. Vos la reprobaréis, ¡ó mi Dios! como nos habeis revelado, y juzgaréis durisimamente, segun vuestro oráculo, á todos los que asi gobiernan.

Durante la vida permite el Señor la ambicion, este pecado sutil, como le llama S. Bernardo, raíz de la iniquidad, ponzoña del corazon, peste de la naturaleza, artífice del

engaño, madre de la hipocresía y de la envidia, fomento del crimen, origen de los vicios, oruga de las virtudes, polilla de la santidad, velo del corazón: ha permitido, digo, la ambición sin límites de algunos hombres ó demonios terrestres, como los nombra S. Clemente Alexandrino, que enamorados ciegamente de sí mismos, juzgan que todo es corta recompensa de su propio mérito, que todo es debido á la superioridad de sus luces y sublimidad de sus talentos, y que todo es pequeño premio de sus largos servicios á la patria, á la religion y al estado: les ha permitido solicitar por medios inícuos unos empleos, que si efectivamente hubieran obtenido, arderia la república en guerras intestinas, quedarían las leyes sin vigor, oprimidos los débiles, confundidos los derechos, la justicia confiada á unas almas venales, arruinadas las escuelas, coronados los vicios, ex-

puesta la virtud á la persecucion y al menosprecio, y elevados á los primeros empleos los hombres mas viciosos y de costumbres mas corrompidas.

¿Pues qué dirémos si esta ambición penetrase hasta el santuario? Bien presto le llorariamos profanado por nuevos hijos de Aaron y de Helí. ¿Qué daño, señor, no causarian en la viña del gran Padre de Familias estos obreros mercenarios, que solo pretenden cultivarla por recoger sus frutos? ¿Qué desolacion la de este lugar santo á la entrada de unos falsos profetas, á quienes Dios no llama al santuario? ¿Qué oprobrios, qué ignominia, qué calamidades al ver salir el escándalo de las casas mismas de oracion y de retiro, erigidas únicamente para edificacion de los fieles? Les ha permitido finalmente que fabriquen muchas veces su exaltacion sobre la ruina de sus próximos, empleando las calumnias mas

groseras, los artificios mas criminales para infamar y destruir á aquellos que les pueden servir de rivales, ó que por su verdadero mérito debian serles preferidos en los empleos. ¿Qué juicio formaremos, señor, de todos estos ciegos voluntarios? Yo digo con estremecimiento que el infierno que absorvió vivos á los levitas ambiciosos, está aún baxo de sus pies; que el Dios vengador de la ambicion, que los precipitó en el abismo, es el mismo que es por toda la eternidad: que sus leyes han sido y serán siempre invariables, sin que puedan prescribir con el tiempo: que no puede mirar con mas indulgencia la ciega ambicion de los mundanos, que la de aquellos levitas; y que si hasta ahora no ha castigado su impiedad, es para triunfar de ella mas poderosamente en el dia de la ira.

Durante la vida ha tolerado Dios que personas del otro sexó, enamo-

radas de su belleza, é idólatras de su propia hermosura, erigiéndose en otras tantas divinidades, pidan adoraciones de todos: les ha tolerado afean, manchar y adulterar su imágen, ya pintando sus ojos y rostro como Jezabél para engañar á Jehú, y Cleopatra á César y á Marco Antonio; ya adornando su cabeza á manera de templo, como las hijas profanas que nos describe el salmo; ó ya en forma de torres, como pintaban los gentiles á su diosa Cibeles: le ha permitido resplandecer con todo el oro de Ofir, con todos los diamantes y telas costosas de la India, con todos los colores y plumas de la Persia, y exálar de sí á veces los perfumes y aromas de la Arabia; todo con el depravado fin de hacerse agradables, y no rara vez con el de servir de lazo á los incautos; porque abundan ya mas en nuestros dias las Livias, Mesalinas y Popéas, que las Susanas, Lucrecias y Lucías; y nada es tan frecuente como las tor-

res de Danae por el suelo. ¿Con qué confianza, á vosotras hablo, deidades mundanas, víctimas miserables de la vanidad, con qué confianza levantaréis al cielo un rostro que desconocerá vuestro Hacedor, como se explica San Gerónimo? ¿Qué otra cosa, os ruego, es la hermosura de vuestro cuerpo, animado por una alma viciosa, que una buena nave dirigida por un mal piloto? Semejante á las aves que vió Isaías entre las ruinas de Babilonia, presentais solamente belleza desde lejos: mas si quisierais reconocer vuestro interior á fondo, hallaríais llena de hediondez y de torpeza la hermosura de Elena baxo de una superficie de belleza. Al fallo de vuestra muerte apelo, donde conoceréis á pesar vuestro cuán faláz es vuestra gracia, cuán vana vuestra hermosura, segun el oráculo del Espíritu Santo. Cesará entonces vuestra lozanía, se marchitará vuestra idolatrada belleza, terminarán vuestras juntas mundanas, vuestra inmo-

destia y marcialidad: de una vez, todo el luxo y comitiva de que estais ahora rodeadas; y entonces conoceréis vuestra ceguedad voluntaria, y que solo es digna de alabanza la muger que teme á Dios, segun el Sabio.

Hé aqui, señor, una breve enumeracion de la increíble multitud de ciegos voluntarios que infestan la sociedad cristiana, y desacreditan la religion; que viven del espíritu del mundo que han renunciado solemnemente en el sacro Butismo; que hacen ostencion de sus pompas y vanidades, de que han abjurado sobre la fe de la iglesia; que se forman un sistema ó razon de estado, de seguir las obras de tinieblas y aborrecer las de la luz. Y cuando no llega á tanto su perfidia, pretenden á lo menos que tenga Jesucristo comunicacion con Belial; esto es, la luz con las tinieblas. El amor propio, que de ordinario domina sus acciones, y que se erige con frecuencia en juez árbitro de sus interiores

sentimientos, por medio de una extraña metamórfosis, les propone inversas todas las ideas; quiero decir, el engaño baxo el aspecto de prudencia, los proyectos de ambicion como grandeza de ánimo, el orgullo y la altivéz baxo el pretexto de nobleza, los ardidés engañosos como destreza política, la grandeza como un estado de elevacion independiente de las leyes divinas y humanas, la venganza como una justa satisfaccion, la opulencia como una verdadera felicidad, que se debe poseer tranquilamente, la envidia y la maledicencia baxo el aspecto de celo por la honra y gloria de Dios, el gobierno en fin, las magistraturas y dignidades como un estado de elevacion sobre los cedros del Líbano, que obligue á todos á respetar sus pasiones ó canonizar sus crímenes.

El mundo está así, señor; este es el espíritu que le anima, y estas las máximas por donde se conduce. Segun ellas sus partidarios todos caminan á

la perdicion. Ellos son plenamente ciegos, y ciegos no solo voluntarios, sino incurables.

Yo bien sé que se alimentan con la vana esperanza de recibir finalmente una gracia victoriosa de conversion; sobre ésta cuentan, duermen y reposan mientras Dios los reprueba; porque esta misma presuncion los expone á ser consumidos con fuego del cielo como los habitantes de Pentápolis en castigo de su vida licenciosa; á ser sepultados en las aguas como Faraon y sus tropas por su obstinacion y rebeldía á los preceptos de Dios; á ser entregados á la espada de un ángel exterminador como los primogénitos de Egipto y ejército de Senaquerib, ó á la de otro Elías como los falsos profetas de Baal por su dureza y perfidia; á perecer en la embriaguéz ó en el sueño como Holofernes y Sisara por su destemplanza y su orgullo; á ser precipitados y comidos de perros como Jezabél por su soberbia y ador-

nos indecentes; á ser trasladados del lujo de sus mesas al infierno como el rico avariento; á arrojar las entrañas con mortales ansias como Arrio en castigo de su deseo de venganza, de sus calumnias y blasfemias; á ser en fin entregados por presa á un ejército de gusanos aun antes de entrar en los horrores del sepulcro como Herodes por su altanería y su soberbia.

Aun cuando supongamos por un momento que no serán castigados estos ciegos voluntarios con tan ruidoso escarmiento, ¿será su ceguedad curable, ó mas feliz su éxito? Esto es, señor, principalmente lo que debia turbar la infeliz calma que los aturde. Causan terror y desmayo los oráculos con que Dios los amenaza en sus santas escrituras. Porque os llamé y repugnásteis, dice Dios en los proverbios, porque extendí mi mano y no atendisteis, porque despreciásteis todos mis consejos y amenazas, tambien yo me burlaré y haré irrisión de vosotros en vues-

tra muerte, cuando sobrevenga la calamidad repentina y la muerte como una tempestad; cuando venga sobre vosotros la angustia y la tribulacion: entonces, entonces me invocaréis, y no os oiré, os levantaréis de madrugada, y no me hallaréis, por haber aborrecido mi disciplina, y no haber recibido el temor de Dios, por no haber atendido á mis consejos, y despreciado mi correccion. Me buscaréis, y no me hallaréis, y moriréis en vuestro pecado. Ciega el corazon de este pueblo, dice por Isaías, agrava sus oidos, y cierra sus ojos, no sea que vean, oigan y entiendan, y convertidos obtengan la salud. ¿Qué pueblo es este, señor, tan desgraciado y miserable? Este es el mundo réprobo, por el cual no oró Jesucristo á su Padre celestial, como se explica por san Juan; mundo que no quiso conocer para obrar bien; mundo de ciegos voluntarios y obstinados; mundo de desertores de la moral de Jesucristo;

mundo profano de amadores del siglo, de impíos y de inícuos; mundo de quien dice el evangelio, que no ha conocido á Jesucristo; mundo de tinieblas, contra cuyos príncipes, potestades y rectores debemos sostener, segun S. Pablo, una continua lucha; mundo en fin, cuya salud, segun san Agustin, no se debe esperar; siendo justo, añade este padre, que pierdan sus partidarios la voluntad de convertirse, por no haberse aprovechado del poder; esto es, que mueran en ceguedad final por haber resistido en tiempo á la luz de la gracia que los iluminaba. Ellos llorarán tal vez en la hora de la muerte; pero Antíoco oraba al Señor, de quien no habia de conseguir misericordia: podrán reconocer en aquel momento su pecado; pero Caín, Saúl, Judas y Leovigildo lo reconocieron, y su mismo conocimiento fue principio de un grito eterno, porque ya Dios los tenia entregados á un sentido réprobo como á ciegos voluntarios é

incurables. Tanto hay que temer, señor, de la suerte de los mundanos; quiero decir, de los que se conforman al presente siglo contra el mandato expreso de Jesucristo; de los que viven segun el espíritu del mundo y conforme á sus máximas, con abandono de las del evangelio; de los que cierran en fin sus ojos á la luz de la gracia, y desertan de la moral del Salvador por seguir su espíritu de ambicion, de vanidad, de soberbia, de sensualidad y demas pasiones del corazon humano. No nos engañemos, señor, Dios no será burlado: buscad ahora la luz, dice Jesucristo, para que no os comprehendan las tinieblas. Buscad á Dios, como se explica el Profeta, cuando se puede hallar, invocadle cuando está cerca; porque si no le buskais en tiempo, vendrá uno en que le buscaréis, y no le hallaréis, y moriréis en vuestro pecado.

Omnipotente y sempiterno Dios, que dominais poderosamente el corazon de

los mortales, y sois mas ábitro que ellos de sus mismas voluntades, sujetad la rebeldía de nuestro corazon, disipad las tinieblas de nuestro entendimiento, para que sacudiendo la deplorable ceguedad que nos aturde, no solo demos gloria á Jesucristo por las obras de su poder y su divinidad, sino que conociéndole y amándole en esta vida, merezcamos gozarle en la eterna. Amen. DIXE.

 ORACION

en la solemne accion de gracias por la paz, y nacimiento de los señores Infantes gemelos, que celebró el convento de religiosos de S. Antonio Abad de Granada.

*Dominus virtutem populo suo dabit:
Dominus benedicet populo suo in pace.* Psalm. XXVIII. 11.

Si en todos tiempos, y por todo, segun el idioma de S. Pablo (1), debemos (gravísima y religiosa comunidad) dar á nuestro Dios rendidas gracias: si debemos adorar con su-

(1) Ad Ephes. 5. 20. 1. ad Thes. 1. 2.